

Los Transterrados

PARA quienes nacimos en América no es demasiado novedoso decir que los pueblos emigran recorriendo enormes distancias: la mayoría habla aquí español o inglés o portugués o francés, lenguas todas traídas de más allá del océano por vastas poblaciones y la minoría que utiliza lenguas indígenas también vino, en sucesivas oleadas, desde otros continentes. Para quienes pertenecemos al siglo XX tampoco es novedad que las ideas, aún más que las penurias económicas, provocan vastas migraciones. Como dijera Brecht, vivimos una época en que se cambia más prontamente de país que de zapatos. Más aún: creo que el redescubrimiento interno de la comarca latinoamericana efectuado en las últimas décadas, en buena parte es debido a las migraciones políticas que reavivaron una experiencia unitaria ya hecha a mediados del siglo pasado.

Hay sin embargo una migración muy especial que parece haber cancelado hoy su ciclo y que por lo tanto puede verse en su totalidad y justipreciarse: la de los españoles que a la caída de la República vinieron a América, aportando una contribución intelectual pocas veces vista en estos movimientos, lo que le dio un aire casi legendario. Para designarla el maestro José Gaos propuso sustituir la usual palabra "exiliados" por la palabra "transterrados", razonando que esos españoles "no podían considerarse a sí mismos como desterrados sino más bien como transterrados, esto es, transferidos de una parte de su patria a otra. No eran expatriados de España, sino empatriados en México".

Es esto lo que dice una acuciosa y lúcida investigadora norteamericana, Patricia W. Fagen, en el libro que acaba de consagrar al tema y que el Fondo de Cultura Económica ha traducido al español: *Transterrados y ciudadanos* (1975). Es un estudio documentado y de inusual equilibrio interpretativo, que se consagra exclusivamente a los republicanos españoles en México, (país que como es sabido abrió hospitalariamente sus puertas a los refugiados en la época de Cárdenas, como ha vuelto a hacerlo con los chilenos en la época de Echeverría), pero que merecería extenderse al resto de América, incluyendo un positivo capítulo para los españoles en Venezuela, cuya admirable obra queda testimoniada con la obligada mención del filósofo Juan David García Bacca y sus libros sobre el pensamiento venezolano.

El libro cuenta con detalle la historia de esta migración, analiza la forma en que permitió fundar instituciones tan prestigiosas en el continente como el Fondo de Cultura Económica, el Colegio de México, Cuadernos Americanos, pero también analiza objetivamente los proble-

mas de una acomodación cultural que muchas veces fue difícil, examina las confrontaciones (desde las meramente xenófobas hasta las filosóficas, donde se manejan los conceptos discordantes de "hispanidad" y de "hispanoamericano") y no deja de revisar las mutuas y progresivas fascinaciones que parecían imposibles visto el comportamiento histórico de México respecto a España (su terca negativa a elevarle un monumento a Hernán Cortés) y los normales recelos ante la magnitud de la inmigración que originó al comienzo las consabidas cautelas por parte de los colegios profesionales, muy pronto disueltas por las necesidades del trabajo en común. Entre esos españoles vinieron los futuros muy cuidadosos investigadores del pasado indígena americano; entre esos mexicanos que los recibieron se encontraban los espléndidos discípulos de Alfonso Reyes que acrecentaron su saber sobre la cultura española.

El libro de Patricia Fagen merecería leerse ampliamente hoy que tantos transterrados del sur buscan "empatriarse" en países latinoamericanos del norte del Ecuador. Porque aunque los casos no son idénticos y hasta podría pensarse que puede ser más fácil una acomodación cultural interlatinoamericana que la española — mexicana de los años cuarenta, este libro es un precioso y puntual recordatorio de la problemática de las migraciones culturales y un catálogo prudente de sus ventajas así como de sus dificultades. Con curiosas evoluciones, porque si los españoles ya nacionalizados mexicanos siguieron apartados de la política nacional en cambio sus hijos reivindicaron vivazmente esa mexicanidad como se vio en Tlatelolco 68 y si los españoles cumplieron una muy eficaz tarea en la docencia, las profesiones liberales y los centros de estudio y de investigación, en cambio no fueron capaces de contribuir al desarrollo democrático y multitudinario de una cultura nacional (incluso en los casos tan respetados de escritores como León Felipe), prefiriendo el estudio de los períodos históricos pasados más que el presente latinoamericano.

Hecho el balance, Patricia Fagen reconoce que "fue crucialmente importante para el desarrollo de México que, en un momento de necesidad, los transterrados españoles capaces y dedicados hubieran venido a participar cabalmente en el esfuerzo nacional". Sería muy bueno y muy deseable que en el balance que corresponderá hacer dentro de treinta años pudiera llegar a decirse algo tan noble de la contribución de los transterrados latinoamericanos. Pero al menos éstos, hoy, deberían trabajar procurando para sus restos enterrados, un tan bonito epitafio.

Angel Rama